
AMAZONIA

Las lecciones del caos

Aziz Ab'Sáber

POR DECENAS DE AÑOS, a partir de la década del 60, la Amazonía fue presentada al mundo occidental como una región uniforme y monótona, desprovista de diversidad fisiográfica y ecológica. Un espacio sin gente y sin historia, posible objeto de cualquier manipulación a través de proyectos pensados a distancia, o sujeto impune de propuestas de obras faraónicas, vinculadas a un falso concepto de desarrollo.

Tal vez se deben a eso los sucesivos y casi siempre irreversibles fracasos de las políticas nacionales para la Amazonía. Se produjeron reconocidos fracasos en las políticas agropecuarias e indigenistas, incompetencia y permisividad en la política de la tierra, ausencia total de creatividad en la búsqueda de modelos auto-sustentados y no depredatorios para la utilización económica de la selva. Además, por mucho tiempo reinó un absoluto desprecio por el destino de las poblaciones tradicionales, dependientes de la floresta y de los *igarapés*¹: indios, *caucheros*, castañeros, ribereños.

¹ *Igarapé*: canal natural, normalmente estrecho, entre dos islas, o entre una isla y la ribera del río, muy frecuentes en la región amazónica (N. del T.)

AZIZ AB'SÁBER

La política hidroeléctrica -con algunos aciertos y errores increíbles en la elección de lugares adecuados para represas fluviales- demandó enormes gastos, demoras excesivas en la construcción de las represas, bajo rendimiento social y económico en el área donde estaban ubicadas; y esto sin hablar de las continuas situaciones de conflicto que se producían entre las obras, los habitantes de la región, los trabajadores, la apropiación de las tierras y la naturaleza.

La creación de carreteras en el corazón de la selva fue realizada con total ausencia de previsión de los impactos físicos, ecológicos, sociales y agrícolas, hecho que provocó múltiples devastaciones, a partir de las márgenes y los cruces de los ejes viales en construcción. Tampoco hubo ninguna preocupación por un sistema gerencial creativo y preventivo para la atención a las personas a lo largo de las inmensas carreteras. La imprevisión y la omisión fueron las mismas en lo que se refiere a la protección de las aguas de los ríos e *igarapés*, de donde provienen los peces con que se alimenta una enorme población de ribereños pobres y desamparados.

Hubo excesiva tolerancia y estímulo para la gran y pequeña minería, sin ninguna preocupación por sus consecuencias. No se tuvo una visión realista de lo negativo de los poblados que surgirían a partir de los *garimpos*², creados de manera salvaje. Jóvenes relativamente fuertes y bien dispuestos fueron atraídos por el trabajo extenuante y semiesclavo del *garimpo*. Se desarrolló una criminal permisividad y connivencia con la invasión de las tierras indígenas, por medio de la atracción descarada de ingenuos trabajadores rurales, bajo el rígido control de aviadores enriquecidos y rudos y violentos propietarios de excavaciones. Lo que se vio, desde entonces, fue un espectáculo de insensibilidad humana y cultural de las autoridades y clases do-

² *Garimpo*: mina de oro o diamantes, normalmente al aire libre (N. del T.)

LAS LECCIONES DEL CAOS

minantes, en relación a los contactos étnicos, desiguales y altamente perjudiciales. Indios que vivían en la prehistoria, como los *yamomani*, fueron confrontados con los más groseros componentes de nuestra pirámide social, lanzados a su aventura amazónica: *garimperos*³, capataces, peones, camioneros, pistoleros profesionales.

Por la combinación de todas estas razones, la apertura de la Amazonía al mundo externo, bajo la égida de un capitalismo indiscutiblemente salvaje, produjo la más complicada e incontrolable proyección de una sociedad desigual sobre espacios heredados de la naturaleza.

La Amazonía fue abordada e invadida por grupos humanos de diferentes procedencias, generalmente de las regiones más incultas y subdesarrolladas del país, y por los caminos más diversos. Gente simple, contratada por empresas y personas residentes en diferentes regiones de Brasil y del mundo. En este contexto, no es de extrañar que se instalara en la Amazonía el caos más generalizado; se produjo un saqueo discontinuo de los recursos naturales básicos y de las riquezas del subsuelo, generando un enorme desorden ecológico y social: conflictos entre hacendados e indios, entre latifundistas y *posseiros*⁴, entre *garimperos* e indios, entre indios y peones de las agropecuarias, entre *seringueros*⁵ y latifundistas, entre pueblos de la selva y cultivadores de pastos. Sin embargo, es muy raro que se produjeran conflictos entre indios, ribereños y *seringueros*, grupos cada vez más hermanados bajo la bandera de «pueblos de la selva».

La ocupación de las tierras de la Amazonía se produjo de forma espontánea y, desde el inicio, totalmente caótica. De los antiguos propietarios de caucho que vendieron

³ *Garimperos*: buscadores furtivos de diamantes (N.del T.)

⁴ *Posseiros*: pequeños propietarios o parceleros, personas que poseen una pequeña parte de la tierra (N. del T.)

⁵ *Seringueros* o "gomeros": personas que trabajan en la recolección de caucho. También se les llama "caucheros" (N. del T.)

AZIZ AB'SÁBER

o perdieron sus tierras, solamente algunos vivían en su propia hacienda. Los otros eran ausentes contumaces, ajenos al destino y a la suerte de los trabajadores que se introducían en medio de la selva, a orillas de los *igarapés*. Los propietarios se iban apoderando de terrenos que se iniciaban en la boca de un *igarapé* o riachuelo, extendiéndose hasta la otra parte del *igarapé*. Desde el principio, nada sabían de los límites de sus propiedades, que avanzaban hacia el interior de la selva, muy lejos. O sea, no tenían noción exacta de la extensión de sus posesiones, que iban desde la cima de las colinas hasta los lejanos límites interfluviales, donde debían existir minúsculas e intrasitables cabeceras de *igarapés*. Propietarios y *seringueros* desconocían las tierras más lejanas, genéricamente designadas como «centros», sectores entonces despreciados por los selváticos de la Amazonía.

Ese desconocimiento y desprecio serían fatales, tanto para los antiguos dueños de *seringales*⁶ como sobre todo para los *seringueros*, ya que los conquistadores de tierras, llegados un día de las mesetas centrales, se apoderaron de las tierras interfluviales, depredando la vegetación de las cabeceras de los ríos, obstaculizando el drenaje y contaminando las corrientes de agua.

En ese tiempo muchas propiedades cambiaron de dueño. Las tierras de los habituales comerciantes -antiguos dueños de *seringales*- fueron transferidas al dominio de nuevos propietarios, tampoco residentes en la región, pero dotados de otros recursos y respaldos políticos, además de otra manera de ver los recursos potenciales de las tierras amazónicas, ansiosos de encontrar riquezas en el subsuelo. Eran banqueros, dueños de constructoras, propietarios de frigoríficos, industriales enriquecidos con las fluctuaciones financieras, abogados exitosos y altisonantes. Gente de todo tipo, venida tras el rastro de los más expertos. Todos preten-

⁶ *Seringales*: bosques de caucho (N. del T.).

LAS LECCIONES DEL CAOS

diendo invertir una pequeña parte de los excedentes de sus ganancias en algún negocio de tierras de la Amazonía, aunque sólo fuese pensando en sus propios hijos y nietos y sin ninguna preocupación por los hijos y nietos de los habitantes de la selva. Todos confiando en la dureza y el autoritarismo de sus capataces y peones, dispuestos a administrar, a hierro y fuego, vastas extensiones de tierra, en gran parte cubiertas de vegetación. Todos confiando en la «colaboración» de las autoridades constituidas y en el poder de persuasión del dinero y de las tradiciones de las clases conservadoras.

Y así, mientras unos llegaban por los terrenos interfluviales, otros adquirirían pequeños y rústicos puertos de antiguos bosques de caucho en las orillas de los ríos amazónicos, convirtiéndolos en punto de apoyo para la devastación de grandes espacios de la selva más interior, incluyendo antiguos *seringales* en áreas más bajas y castaños en los terrenos más elevados y secos.

En función de esta nueva ola de depredación agresiva de la floresta -sobre todo de aquellas partes dotadas de *seringales*- sobrevino la reacción organizada e inteligente de los grupos de *seringueiros* del Acre, responsables de la gran epopeya de los llamados «empates». Al defender la permanencia en pie de los *seringales* nacidos en medio de la selva, los *seringueiros* estaban colaborando con la permanencia de la biodiversidad regional en su propio espacio de desarrollo biológico. Tal vez haya sido ése el mayor y más exitoso movimiento popular ocurrido en Brasil en el fin del presente siglo. Por intuición y en la lucha por la sobrevivencia física y cultural, los sufridos *seringueiros* de Acre llegaron a un nuevo concepto de espacio reservado, que se integra a la línea más conveniente para la Amazonía -una noción completamente compatible con las nociones de desarrollo autosustentado-. Personas sensibles del gobierno acabaron por atender las aspiraciones de la gente de los *seringales* mediante un bien elaborado decreto de reservas extractivas. Con base en ese estatuto legal fueron creadas más de una dece-

AZIZ AB'SÁBER

na de unidades de apoyo, las que, por cierto, dieron paso a la modernidad y la libertad en el corazón de la selva, sin mayor destrucción de la biodiversidad de los ecosistemas regionales. Resta colaborar para equipar, de modo gradual y continuo, las reservas extractivas, sin desvirtuar sus finalidades, esencialmente comunitarias.

Las carreteras significarán otro capítulo crucial de la ocupación de la Amazonía. Posiblemente no existe infraestructura más paradójica que esas carreteras implantadas, en corto espacio de tiempo, en el interior de grandes extensiones forestales. Bajo la óptica de espontáneos planificadores de gabinete que trabajaron sobre mapas convencionales de ínfima escala, estas carreteras serían simplemente caminos de integración, componentes interrelacionales de áreas o núcleos dotados de alta complementariedad económica y social.

Nadie se preocupó, desde el principio, en sondear la compleja cadena de consecuencias de las carreteras que rasgaron el corazón de la selva, transformándose en extensos caminos de devastación. No había (o no fue tomada en cuenta) la buena costumbre de prever impactos físicos, ecológicos y sociales en empresas de tan enorme envergadura. No entró en la cabeza de los inconsecuentes planificadores la idea exacta de las dimensiones de la especulación de la tierra en Brasil. Tampoco se quiso pensar en los previsibles escenarios que surgirían a causa de los dos frentes de posesión y devastación establecidos concomitantemente con la apertura de las largas carreteras que rompieron la principal área de selvas tropicales del planeta Tierra. Se creó una estructura caótica de ocupación del espacio: agropecuarias por todas partes, loteamiento de espacios vírgenes, bajo el título de proyectos de colonización, en forma de «espina de pez», ausencia de la dimensión administrativa; empirismo y desajuste en el manejo de los espacios conquistados por derrumbes o quemas; total desconocimiento de la respuesta ecológica de los suelos a actividades agrarias; eventuales obstáculos del drenaje en las cabeceras de los *igarapés*, en

LAS LECCIONES DEL CAOS

las márgenes de carreteras ubicadas en terrenos interfluviales o «trechos secos»; invasiones de reservas indígenas, conflictos entre los recién llegados por los «centros» y los grupos humanos tradicionales, habitantes de las orillas de los *igarapés* (*seringueros*, castañeros, ribereños); prepotencia de los propietarios ausentistas, socialmente insensibles; multiplicación de madereras en búsqueda de maderas nobles, violentando la selva a partir de los bordes de vegetación cercanos de las carreteras; conflictos entre *posseiros* e indios, entre hacendados y *posseiros*: falta de respeto a los derechos históricos de los *seringueros* establecidos en «enclaves», especie de pequeñas islas humanas, peculiares de la Amazonía.

En fin, las carreteras interfirieron en todo el dominio de las tierras bajas de la Amazonía, así como en los hombres y grupos sociales que la habitan. Fueron los corredores que animaron el acceso masivo de inmigrantes, venidos de las zonas áridas y de todas las áreas subdesarrolladas del país. Primero llegaron legiones de hacheros; después, pequeños grupos de peones de agropecuarias y maquinistas de motosierras. Más tarde, legiones de desesperados, encaminados a los lejanos *garimpos* de Pará, Rondonia, Roraima y Amapá. Por el loco negocio de los *garimpos*, llegó gente no preparada para enfrentar el ambiente de la selva, contribuyendo a la transmisión de enfermedades tropicales, introduciendo la tuberculosis y el sarampión, contagiando a mujeres y adolescentes con enfermedades venéreas, quebrando los valores culturales milenarios de las poblaciones indígenas, envenenando ríos e *igarapés*, llevando todo a una situación indirecta de ecocidio y etnocidio, provista de una particular irreversibilidad.

En otra vertiente de los acontecimientos, en las décadas de los 60 y 70, nadie se dio cuenta de la dramática situación en que quedaron reducidas las poblaciones tradicionales, que resistieron, aunque levemente, a la prepotencia de los capataces y la arrogancia de los peones. Y, sobre todo, nadie se preocupó por la inseguridad que, por muchos años,

AZIZ AB'SÁBER

pesó sobre los trabajadores semi-nómades, perdidos en la selva. Ser desempleado en el contexto y estructura de una gran ciudad es un drama personal y familiar, pero con posibilidad de encontrar alguna solución antes o después. Por el contrario, ser desempleado en el interior del dilatado espacio de la selva -en invasión intermitente- es una tragedia difícilmente imaginable para aquellos que viven en otras circunstancias u otros contextos sociales.

Pero las consecuencias inmediatas de la apertura de carreteras en el corazón de la selva fueron mucho más lejos. Se desencadenó un conflicto sordo entre los recién llegados, constructores de carreteras y capataces de agropecuarias, y las costumbres e intereses de los habitantes de las riberas de los *igarapés*. Un conflicto entre lo cotidiano del hombre de la ribera del río y las actividades de los representantes del caos agrario instalado en la región por la progresiva construcción de carreteras. En muchos casos, los que se apoderaban de tierras a partir de los antiguos «centros» forestados interrumpían la circulación fluvial a lo largo de los *igarapés* y riachuelos, construyendo pequeños y toscos puentes poco elevados. Al mismo tiempo, la progresiva deforestación eliminaba los productos naturales básicos de las riberas de los pequeños cursos de agua, tales como palmáceas dotadas de frutos comestibles, hierbas medicinales y maderas de construcción. Y, de repente, quedaba vedado al ribereño transitar por el *igarapé* o utilizar los pequeños espacios de su curso de agua, ya que todo lo que había en los terrenos había pasado a manos de propietarios invisibles, representados por capataces insensibles y abusivos.

«*Levanta ese puente, porque yo quiero pasar*», fue la frase tan imperativa como inútil de un ribereño, de pie en su canoa, en un gesto de protesta, dirigida al constructor de un puente rústico, destinado al paso de camiones y tractores en la orilla del pequeño curso de agua, en la fase inicial de la implantación de una gran agropecuaria en la faja Belém-Brasilia (década de los 70). Poco sabían los viejos

LAS LECCIONES DEL CAOS

herederos de la civilización del *igarapé* que los recién llegados estaban cortando todas las posibilidades de libre circulación por los *igarapés* -hasta entonces los únicos caminos vecinales pan-amazónicos utilizados por las poblaciones tradicionales-. No podían darse cuenta, todavía, de que se estaba iniciando la implantación de un modelo salvaje de depredación ecológica, de terribles consecuencias para muchas otras áreas y comunidades amazónicas. Más aún, que se estaban privatizando espacios que, por justicia histórica, de vivienda y trabajo, les pertenecían.

Después de treinta años de complejas interferencias, el nuevo escenario de las relaciones entre los habitantes de la Amazonía exige una nueva atmósfera de convivencia y entendimiento, a despecho de la incompetencia de los gobernantes y sus representantes. Conviene recordar que en la Amazonía viven actualmente 250 mil indios; 4,5 millones de *seringueiros*, ribereños, castañeros; 550 mil *garimperos*; cinco millones de trabajadores rurales, funcionarios y peones seminómadas, además de algunos millones de habitantes urbanos. Esta es la nueva Amazonía humana brasileña, que debe ser comprendida y atendida por una administración pública renovada y sensible.

(Traducción de Andrés Gallego)